

El Terror de las Arenas

(Sergio Fritz Roa)



Si el universo comprende todas las posibilidades, necesariamente debe dar cabida a lo que llamamos "misterio". Si la lógica es sólo una parte de nuestro cosmos, todo lo que no es lógico, es "fantástico".

Este pensamiento me ha llevado a creer que negar *a priori* lo paranormal es al mismo tiempo falta de sabiduría como expresión de intolerancia. Sin embargo, el mundo científico suele caer en esta trampa acientífica con más frecuencia que los campesinos que rezan fervorosos a las "animitas" o que ciertos indígenas que conciben la fotografía un arte demoniaco.

Debo decir que esta manera de meditar las cosas de este y del otro mundo fue determinante en un momento para que yo me alejara definitivamente de mis colegas. La medicina es una ciencia hermosa si deja de lado ese racionalismo estrecho que constituye su prisión. Paracelso sabía más que la totalidad de mis antiguos camaradas. Él como otros de su tiempo, comprendía que el hombre no sólo es un montón de átomos o partes infinitesimales, sino que ante todo una gran unidad, que refleja lo externo. Por ello hacía de lo que denominaba Astros en el hombre, uno de los grandes secretos. Al hablarnos en esos términos, el célebre Teofastro hacía presente la interdependencia de los dos mundos: macrocosmos y microcosmos. Se sabe que Paracelso incluía en su labor médica una serie de elementos y factores que los modernos jamás aceptarían: magia, alquimia, *Kabbalah* cristiana, etc. Así su ciencia es ciencia abierta, que permite la apertura a todos los planos de realidad. ¿Puede ser aquello censurable?

El hecho de no frecuentar más hospitales ni clínicas - como, mi ausencia de los cenáculos de la clase científica- se origina en lo que a continuación, no sin cierta incomodidad, relataré. Pues, expresar en palabras lo misterioso es imposible. ¡Y ello aun cuando un Poe o un Machen puedan representar en forma aproximada el mundo fenoménico en que se mueve lo maravilloso! Y, sin embargo, es menester expresar que sus escritos son sólo bocetos infantiles de algo que tiene una sustancia desconocida y peligrosa para nuestras mentes.

Con la salvedad anterior, es decir si se acepta mi sincera confesión de que no podré mostrar con plena eficacia los sucesos acaecidos hace un año, es que me propongo a continuación relatar aquello que constituye mi habitual pesadilla noche tras noche, y que como terrible enemigo se apropia de mi esperanza en cada desvelo, impidiendo el ansiado reposo.

*

Marcela Zagasa era una de las enfermeras que trabajaban conmigo en el Hospital de Santa Ana. Dotada de una serenidad única, se presentaba a mis ojos como una asistente inmejorable. Ni siquiera las situaciones más desgraciadas la conmovían.

Por ello fue un mal presentimiento verla aquel día de julio con un rostro pálido, emitiendo palabras incoherentes.

- Doc, doctor... Doctor... Llegó.. Acabo de llegar.. Sí... Viene un pa.. paciente con algo raro en su ... sí, en su cuerpo .

Le pedí que se explicara, pero al ver que aquello, dado el estado nervioso en que se encontraba, significaría un hazaña casi inhumana, no insistí, conformándome con que ella me llevara donde debía estar en esos momentos el enfermo.

Con prontitud llegamos a la sala de emergencias, donde encontré a mis colegas Sara Daniels y Juan Ortúzar. Al darse cuenta que alguien había ingresado a la habitación, ellos dieron vuelta el rostro hacia mí, y pude contemplar en mis amigos una forma de mirar hasta entonces desconocida. Sus ojos eran el espejo de la incertidumbre, y por qué no decirlo, del miedo.

- ¿Qué ocurre, Juan?- pregunté.

- Por favor, ven, Fernando, y contempla esto...¡No tiene explicación!

Juan temblaba. ¡Y no era para menos! Un hombre tendido en camilla sufría espantosas convulsiones provocadas por algo semejante a una mano que desde dentro de su zona abdominal lo atacaba...

*

El paciente se llamaba, según lo averiguaría después, René Croxatto, y era un minero de El Escorial, un sitio donde los más pobres de los *pirquineros* iban a extraer el mineral de cobre. El lugar tenía mala fama entre los mineros, debido a ciertas *apariciones*. Pero aunque en el norte chileno son abundantes las leyendas en torno a visitas del Diablo, El Escorial presentaba una cualidad diferente, que lo distinguía de sus similares. Aquí no era "el *cachudo*", "Don *Sata*", o simplemente "El malvado", quien era el sujeto de las *apariciones*, sino indios. Muchos especulaban que aquella zona había tenido un cementerio indígena. Incas o atacameños debían haber sido los difuntos. Esto era todo lo que sabía de tal lugar; pero yo en ese entonces no veía la relación existente entre la mina y la extraña dolencia de René.

Breve fue la estadía del minero en el Hospital. Duró sólo un día. Sus últimas palabras serían: "¡Por... la Virgen de Andacollo, tapen... la entrada a ... El Escorial! ¡Es una entrada al infierno!"

*

¿Qué fue lo que mató a René Croxatto? Según el informe médico como el certificado de defunción, la causa de muerte era ... epilepsia. Ello era una mentira, pero fue decisión del Director del Hospital, para evitar tener que dar unas explicaciones que nadie aceptaría. Después de todo, René no tenía familia y era una persona de "poca influencia social" (esas fueron las frías palabras del Director). Es decir, nadie reclamaría o exigiría una investigación sobre el deceso del minero.

Mi ética me exigió oponerme a un actuar semejante. Expresé mi desacuerdo al Director; pero de nada sirvió. Su palabra era definitiva y no debía hablarse más del asunto. Pero esto último era imposible. Muchas enfermeras vieron cuando llegó el desgraciado pirquinero, y no dudaban en hablar temblorosas sobre aquel hecho cuando era de noche y no había mucho que trabajar.

Con una velocidad insospechada comenzó a urdirse una leyenda en torno al Hospital y el finado Croxatto. Una leyenda que hablaba de indios muertos hace siglos que rondaban el Hospital; indios, que provenían de una zona cercana a una mina perdida en la precordillera norteña, donde sólo los más osados o los más incautos se atreverían a ir.

*

Es posible que El Escorial y su leyenda se hubieran esfumado con rapidez de las mentes de los habitantes de la ciudad de Santa Ana, si no hubiese ocurrido otras muertes, todas espantosas y vinculadas a la mina.

En efecto, a tres días de los hechos narrados recientemente, fallecerían en el Hospital cinco *pirquineros*. Igual deceso; igual certificado de defunción.

No sé cómo la autoridad administrativa central no reparó en la "casualidad" que se había dado en Santa Ana. ¡En una semana seis muertes por epilepsia en un lugar poco poblado debiera haber sido causa de alguna investigación! Pero lo cierto es que no despertó la más leve atención de parte de la jerarquía sanitaria.

Sin embargo, a nivel interno hubo un remezón: renunciaron dos enfermeras y la doctora Sara Daniels. Que un cuerpo reviente frente a nuestra alterada mirada es algo desagradable, sobretodo cuando no hay explicación a dicho fenómeno.

Aunque sabía que me encontraba frente a una situación demasiado compleja, decidí tomar cartas en el asunto. Lo primero, sería exhumar los restos de los cadáveres. Sin orden judicial era difícil lograr tal pericia. Pero, con un poco de dinero podía lograr que alguien me acompañara al cementerio Húngaro, a desenterrar tales cuerpos.

*

Hoy, cuando aquellas muertes se presentan como algo del pasado - aunque no por ello sean menos tangibles- pienso que fue una estupidez emprender una tal investigación. Macabro asistir esa noche al cementerio; absurdo realizar la exhumación una noche de luna llena.

Pero ya estaba allí junto a Marcelo Díaz, uno de los personajes más solitarios de Santa Ana, que muchos creían loco, debido a sus modales de ermitaño. El deseo por descubrir el origen y por tanto vislumbrar una explicación a las muertes me impulsaba a un acto repudiable, como es la profanación.

Las palas resplandecían bajo una luna misteriosa, que silenciosa nos contemplaba. Con cierta rapidez golpeábamos la tierra. Existía la posibilidad que en cualquier momento apareciera alguno de los guardias del cementerio; ello siempre y cuando cumplieran bien sus labores, cosa que sinceramente dudaba.

-Oiga, *doc...* *Señor...* Aquí ya tengo al *finao...* Je, je. Mire, por aquí. Je, je. Parece que di con la cabeza del condenado...

Efectivamente, el "rostro" de alguien empezaba a verse. Minutos después con repugnancia observaba un cuerpo prácticamente *informe*.

Sólo dos cadáveres exhumamos. Pero fue suficiente para descubrir que habían conocido de un rápido proceso de descomposición. ¡Ello era algo inaudito! Jamás en mis años de trabajo y estudio había conocido algo así. Parecía que los cuerpos tenían voluntad propia, y deseaban ser polvo de inmediato.

En esos instantes recordaba que yo había presenciado al menos tres de las explosiones de cuerpos, en el hospital. Consistían en que los pulmones y el estómago se reventaban. Pero nada de ello, por grotesco que haya sido, insinuaba el proceso degenerativo en que ahora se encontraban, lo que me obligaba a aceptar mi incompetencia frente a una situación de esa índole.

Me encontraba en aquellas reflexiones, cuando Marcelo reparó en algo sobrenatural.

-Mire, oiga... Sí... Mire, pa' allá. Es como un vapor, oiga, que se viene pa' nosotros.

Su diestra indicaba hacia las lápidas más alejadas de nosotros...

Como debe haber quedado en evidencia hasta este momento del relato, no soy una persona excesivamente impresionable, sino que por el contrario, alguien de "sangre fría", como suele decirse. Y, sin embargo, lo que vi hizo que sintiera por todo el cuerpo un calofrío de pánico.

Una nube espesa se aproximaba. Parecía la *camanchaca* norteña ... ¡aunque la *camanchaca* no contiene formas humanas! Sí, una neblina avanzaba portando rostros antiguos, de indios que habitaron estas regiones hacía casi mil años. Sus miradas, entonces lo supe, eran de odio...

Qué ocurrió entonces, es algo que mi memoria se resiste a conservar con detalle. El pordiosero huyó gritando incoherencias y maldiciones a mi persona por haberlo llevado a ese lugar. Mientras, yo temblaba sin saber qué hacer.

Había sido visto por *ellos*. ¿Qué podía hacer sino huir?

Pero, ni siquiera podía avanzar. Petrificado se encontraba mi cuerpo. ¡Tal era el miedo que se apoderaba de mí!

Absorto contemplé un espectáculo salido de la Divina Comedia. Demonios se abalanzaban sobre los cadáveres, para cobrar una venganza cuya causa no era otra que haber perturbado su descanso. Los fantasmas-indios destrozaban y devoraban los cadáveres. Así y mientras gritaban en una lengua hoy olvidada, saciaban su cólera.

Nada me hicieron, sin embargo. Y aunque sabían de mi presencia, pude sobrevivir de semejante delirio.

Una hora después que los fantasmas desaparecieron, y una ronca risotada se alejaba junto a la nube repleta de caballos huesudos, me retiré del camposanto en una loca carrera, donde atravesé calles y lugares que jamás visitaría.

Al día siguiente presenté mi renuncia al hospital. Mis colegas parecían comprenderme, pues nada dijeron.

Hoy vivo en la zona austral, lejos de las arenas y del sol norteño. El pensar lo que esconde el desierto me causa náuseas.

© Sergio Fritz Roa. Junio de 2003

URL DEL RELATO: <http://www.bajoloshielos.cl/terrora.pdf>

VISITA: www.bajoloshielos.cl/sergio.htm

CONTACTO: sergio_fritz@yahoo.com